

Presentación

◆

Alguna vez le preguntamos al historiador Edmundo O'Gorman cuáles serían los efectos sobre la investigación historiográfica de los multiplicados accesos a la información que representan los sistemas computarizados. En particular, indagamos acerca de las consecuencias de una enorme cantidad de datos que, por Internet o por vías alternas, se hallaba el investigador en posibilidades de obtener. Otrora, nos explicó O'Gorman, el historiador debía ir hacia los documentos depositados en las sedes correspondientes, debía elaborar sus propias bibliografías y sumergirse en la interpretación de ellas. Con las facilidades implicadas en la rápida, vertiginosa compilación de datos, aseguró O'Gorman, aflorarán y destacarán las ideas. Y abundando en torno a sus defensas de la imaginación y la exposición de las hipótesis centrales de los grandes historiadores, O'Gorman subrayó la importancia de hacer valer la inteligencia sobre la acumulación documental.

En efecto, en la actualidad se amplían y profundizan los vehículos y los caminos hacia muchos aspectos de la realidad que hasta hace dos décadas permanecían ocultos. Ciertamente, las navegaciones por la realidad virtual que ofrecen los sistemas computarizados son sugerentes indagaciones en torno a un universo sintético y miniaturizado, ya que, desde hace siglos, cualquier individuo "sale" e "indaga" en la realidad que lo circunda para realizar una selección según sus necesidades, sus intereses o sus ansias de interpretación y creación. La utilización del aparato que controla manualmente los canales de televisión que se hallan ante nuestra vista equivale a un mecanismo semejante a la búsqueda y ampliación de nuestras navegaciones, en este caso televisuales. La diferencia radica en una que podríamos denominar alternativa democrática: los canales de televisión nos ofrecen programaciones y materiales elaborados y preseleccionados por funcionarios, técnicos, asesores, promotores y comerciantes, en tanto que los ofrecimientos del Internet resultan masivos, libres y propiciatorios para una curiosidad y una interpretación prácticamente ilimitadas.

¿Existe —en términos de conocimiento— algún tipo de sobreinformación? Con excepción de la capacidad selectiva del usuario, ¿cuáles son las fronteras de la realidad? Volvemos a encontrar en el Internet y en la expansiva invasión de los medios una ilimitada cauda de ofrecimientos que realmente sólo pueden ser medidos por su profesionalidad, por su obligatoria respuesta a las necesidades de la comunidad y por la calidad —medida nuevamente con el rasero cultural y colectivo— de sus productos. ◆